

INSTINTO DE LIBRERA / EVA COSCULLUELA

Una escritura que ilumina

Cuando a los 17 años Carson McCullers (Georgia, 1917-Nueva York, 1967) puso en su dedo por primera y última vez el anillo de brillantes heredado de su abuela, tenía dos sueños: irse de Columbia y dejar huella en el mundo. Hizo las dos cosas: McCullers -por aquel entonces, todavía Lula Carson Smith-, vendió ese anillo en la joyería de su padre y fue su billete hacia una nueva vida en Nueva York. Allí estudió escritura creativa y se casó con Reeves McCullers, con quien hizo un pacto: los dos querían ser escritores, así que se turnarían y cada uno de ellos dedicaría un año a escribir mientras el otro trabajaba y llevaba dinero a casa. «El nuestro sería un matrimonio de amor y escritura», escribía McCullers, pero el pacto no llegaría a cumplirse: ella nunca dejó de escribir.

Su relación fue destructiva: marcada por el alcoholismo, la ambivalencia sexual de los dos -amó a Annemarie Schwarzenbach, Katherine Anne Porter o Erika Mann- y por frecuentes intentos de suicidio, se separaban y volvían a reunirse una y otra vez. Vivieron casi siempre separados, Carson se mudó a Brooklyn y compartió casa con W. H. Auden, C. Isherwood, Jane y Paul Bowles.

Escribía guiada por «iluminaciones»,



Portada de Morante.



pequeñas epifanías que llegaban como un relámpago y disparaban historias en su cabeza. A los 23 años, Carson McCullers publicó su primera novela, 'El corazón es un cazador solitario'. De inmediato fue considerada uno de los grandes exponentes del «gótico sureño», junto a William Faulkner, Eudora Welty o Flannery O'Connor. McCullers no podía estar sin «escribo para sobrevivir», confesaba - a

pesar de que era un suplicio para ella: una enfermedad infantil mal diagnosticada afectó su corazón y le provocaba grandes dolores; con la vista mermada e intensas jaquecas, al final de su vida dictaba los textos que ya no era capaz de escribir.

Se cumplen 100 años del nacimiento de esta escritora imprescindible y 50 años de su muerte. Para conmemorarlo, Seix Barral está reeditando su obra con prólogos que contextualizan los textos y hermosas cubiertas de Sara Morante. Los dos primeros ya han llegado a las librerías: 'La balada del café triste' (prólogo de Paulina Flores) y 'Reflejos en un ojo dorado' (prólogo de Cristina Morales, epílogo de Tennessee Williams; ambas traducciones de María Campuzano). Una buena excusa para leer a esta escritora que no debería pasar de moda.

ARS SONORA / JUANJO BLASCO 'PANAMÁ'

Glass, envueltos en sonido

Es la mejor manera, créame. A la brava. Sin introducciones ni críticas sesudas. A Phillip Glass (Baltimore, 1937) y sus sonidos hay que llegar por casualidad, por un comentario amigable, por una película cuya banda sonora nos ha sorprendido y nos hace quedarnos en la butaca esperando que salgan los créditos y a quién pertenecen esas armonías que no podemos quitarnos de la cabeza.

Poca broma con Phillip Glass. Engancha. Todavía recuerdo mi pasmo ante la sesión en los llorados cines Buñuel de 'Koyaanisqatsi' ('Vida desquiciada', más o menos) donde unas imágenes aceleradas de amaneceres, transeúntes, edificios que se derrumbaban y otras locuras a velocidad acelerada se completaban con una música absorbente, repetitiva pero bella, apabullante. Imposible olvidarla. Con prudencia (los tiempos estaban para estribillos potentes y guitarrazos) uno intentó averiguar el autor de tamaño desatino.

Y apareció Phillip Glass. La demostración viva de que la tecnología introducía la urgencia en nuestras vidas y que había que andarse con ojo para no ser arrastrado por ese frenesí pero que al tiempo no se podía negar que ella era el futuro. Y



Portada de Glass.

con los años, fíjese, va uno y descubre que el amigo Glass tiene una vida de novela, unas aventuras de lo más sugerente y que sabe narrar con la misma naturalidad que crea música. Su autobiografía ('Palabras sin música', con traducción de Mariano López; la publica el sello barcelonés Malpaso, que se ha inclinado con decisión hacia la música) narra la evolución de un chaval de barrio condenado a tocar la flauta hasta el creador sorprendentemente óperas o lo que sean como 'Einstein on the beach', 'The photographer' o la exitosa recreación de los delirios de Walt Disney compaginada con bandas sonoras como la antes mencionada. Su contenido musical no está relacionado con la narrativa, no hay lógica.

La epifanía puede aparecer en cualquier momento envuelta en olas de sonidos que te arrastran no se sabe dónde pero a lugares en cualquier caso hermosos. Decía alguien tan poco sospechoso como Martin Scorsese (sí, ese que ha hecho alguna peliculilla recomendable) que llegó a Glass «de forma directa, sin guías ni crítica, por casualidad» y ya nada fue igual. Y es cierto. No hay que tenerle miedo. Engancha. Es otra manera de experimentar la música.

Además lo cuenta tan bien...